

Clases medias, cultura y política: una relación por investigar

Resumen:

El artículo presenta una reflexión sobre la relación entre dos ámbitos de estudio: el análisis de clases y el de la cultura política. Su objetivo es considerar si profundizar en las culturas políticas de las clases medias en Iberoamérica puede contribuir a comprender sus relaciones con la esfera política y, en suma, su papel como actores de la vida política democrática. Para ello, partiendo de la falta de comunicación entre ambos campos, se pasa revista a algunos trabajos recientes sobre las transformaciones de las clases medias en las sociedades actuales y se examinan los resultados de estudios de opinión sobre cultura política realizados en España y en Latinoamérica.

Palabras clave:

clases medias, cultura, política, España, Latinoamérica

Abstract:

This article presents some thoughts about the linkages between two research areas: the class analysis and the political culture. The objective is to whether to study in depth middle class political cultures in Ibero-America could contribute to understanding its relationship with the political sphere and furthermore its role as a democratic public life actor. Starting from a lack of communication between both fields, the article revises some recent publications about middle class transformation in current societies and analyses some results of opinion surveys about political culture carried out in Spain and Latin America.

Key words:

middle class, culture, politics, Spain, Latin America

Clases medias, cultura y política: una relación por investigar

I. Introducción.

La incomunicación entre la clase social y la cultura política

El objetivo de estas páginas es reflexionar hasta qué punto el estudio de las culturas políticas de las clases medias en Iberoamérica puede contribuir a comprender sus relaciones con la esfera política y, en suma, su papel como actores de la vida política democrática. En el momento en que asumí este empeño, era consciente de que se trata de una tarea arriesgada y también de que los resultados serían probablemente poco satisfactorios. Todo ello –tal y como tendré ocasión de argumentar en los siguientes apartados– no sólo debido a los debates que se han producido en el seno del análisis de clase y de los estudios de cultura política, sino, sobre todo, por el hecho de que se trata de dos campos prácticamente incomuni-

cados entre sí. Las investigaciones sobre las culturas o universos políticos de las clases –y, más concretamente, de las clases medias– son casi inexistentes, tanto en los estudios tradicionales de la cultura política como en las nuevas propuestas de análisis. Por ello, al hilo de los debates teóricos sobre la pertinencia de seguir operando con el concepto de clase social y sobre la validez de prestar atención a las bases culturales de la vida política, mi tarea ha consistido en ir recopilando ciertos argumentos y referencias empíricas que considero contribuyen a mostrar la validez y dificultades de este tipo de análisis.

Para enmarcar mi propia reflexión, mencionaré, aunque de forma muy breve, el “estado de la cuestión” de los dos campos de análisis que trato de poner en relación. En primer lugar, cuando empleamos el concepto de clase social en nuestras investigaciones, es

inevitable recordar que, desde hace ya tiempo, la adecuación del análisis de clase para el estudio de los rasgos y principales tendencias de transformación de las sociedades contemporáneas ha sido seriamente cuestionada. Una advertencia que se repite, una y otra vez, en todos los trabajos publicados recientemente sobre este tema. No se puede pasar por alto la influencia de las tesis sobre la individualización y la extensión de unas “relaciones sociales líquidas”, planteadas por los (bien o mal) llamados pensadores de la postmodernidad (Bauman, 1999, 2000; Beck, 1998). De acuerdo con sus argumentos, las ciencias sociales deben admitir que nuestras sociedades contemporáneas son crecientemente desiguales pero también progresivamente individualizadas, de acuerdo con patrones ajenos a la vieja lógica clasista. Por su parte, aquellos pensadores que defienden que todavía es relevante trabajar sobre las bases del análisis de clase (Goldthorpe, 1987; Lockwood, 1989; Wright, 2007; Erikson y Goldthorpe, 1993) se esfuerzan por reducir la complejidad de la estratificación social contemporánea en términos de ingreso y de estatus social como modo de proporcionar una comprensión adecuada sobre el significado de la clase en las sociedades actuales.

Pero, además, incluso los trabajos que sostienen la conveniencia de desarrollar “nuevas perspectivas” se cuestionan la posibilidad de seguir empleando el concepto de clases medias

en el contexto actual. Debido a profundas transformaciones estructurales, pero también de naturaleza cultural, se trataría de una categoría social excesivamente heterogénea como para resultar útil para el análisis de la estratificación y de la desigualdad. En concreto, estas perspectivas, marcadas por el énfasis en la dimensión cultural, ponen en duda la existencia de una identidad de clase media y, por lo tanto, su influencia sobre sus estilos de vida y comportamientos colectivos.

Cabe recordar de forma sucinta el marco en el que se sitúa esta línea de trabajo. Partiendo del agotamiento teórico de las viejas teorías de clase y directamente influida por los análisis de P. Bourdieu (1991) sobre el habitus y el capital cultural, se apuesta por una teoría expandida y transformada que amplíe sus objetivos. Se presta un especial interés a la identidad cultural, entendiendo que, en la situación actual en la que se desdibujan las viejas certidumbres sobre las clases sociales, es especialmente significativo considerar el modo en que los procesos culturales se encarnan en prácticas socioeconómicas concretas. Es decir, se preocupan por entender cómo la desigualdad se reproduce de forma rutinaria a través de prácticas sociales y económicas (Devine, 2004; Savage, 2000; Bottero, 2004; Butler y Savage, 2004). En definitiva, nos encontramos ante trabajos que llevan a cabo un análisis de las formas en que “se vive la clase”, en los que se tratan de incorporar otras dimensiones de la

desigualdad social (género, etnia, religión) que se entienden centrales en las sociedades contemporáneas. Sus análisis se detienen, pues, en la puesta en práctica de las identidades colectivas, siempre reconociendo que ya no se puede hablar de identidades sólidas y diferenciadas de clases o de grupos, por lo que apuestan más bien por referirse a procesos de diferenciación jerárquica individualizada.

En el tema que nos ocupa en estas páginas, conviene resaltar que estas propuestas prestan una especial atención a la situación de las clases medias. Son éstas las que constituyen un auténtico reto para sus análisis, en la medida en que constituyen el grupo más directamente afectado por los procesos de individualización que caracterizan a las sociedades de la “modernidad tardía” y, al tiempo, en el que las prácticas culturales de diferenciación han de jugar un papel especialmente destacado.

Si se toman ahora en consideración los estudios clásicos de la cultura política, no se puede sino afirmar que se trata de un campo de estudio totalmente alejado de las preocupaciones por la estratificación y la desigualdad social. Tendré ocasión de desarrollar con más profundidad este argumento en las próximas páginas, por lo que por ahora me limitaré a recordar que el presupuesto del análisis pluralista sobre el que se construyeron las tesis de la cultura política implicaba el incontestable avance hacia sociedades progresivamente caracterizadas por la homogeneidad social y cul-

tural¹. Unos postulados que siguen operando en buena medida en la abundantísima investigación que se ha desarrollado en este campo en los últimos cincuenta años. Por otra parte, también es significativo que el nuevo interés que ha suscitado el estudio de los universos, impulsado por el “giro cultural” que ha tenido lugar en las ciencias sociales desde la década de los ochenta, tampoco ha incorporado la relación con la desigualdad (Morán, 2010).

Para finalizar estas reflexiones introductorias, deseo mencionar, además, que todo intento de profundizar en la relación entre estratificación social (o desigualdades) y las identidades (o universos) políticos se enfrenta a importantes problemas metodológicos. Por un lado, se ha insistido ya suficientemente sobre los límites de las encuestas de opinión para aprehender los fundamentos culturales de la constitución de los sujetos políticos y, sobre todo, del modo en que éstos operan en las prácticas políticas de los sujetos o grupos sociales. Pero, por otro lado, tampoco se pueden ocultar los problemas de las metodologías cualitativas para emprender esta tarea. De hecho, buena parte de los recientes trabajos dedicados a las identidades de clase (Bottero, 2004; Byrne, 2005; Lawler, 2005) destacan la resistencia para emplear un marco de referencia y un lenguaje de clase en los discursos ciudadanos y, muy particularmente, en los de las clases medias². De aquí que las técnicas más habituales, como las

entrevistas en profundidad o los grupos de discusión, no logren proporcionar información relevante sobre aspectos fundamentales de la relación entre representaciones de lo social y lo político y desigualdades de clase.

II. Un contexto poco favorable para el estudio de la relación entre cultura, política y clase social

A pesar de todas las objeciones que he expuesto en el apartado anterior, los últimos apartados estarán dedicados a plantear algunas reflexiones acerca de la conveniencia de establecer una comunicación entre ambos campos de trabajo. Un esfuerzo que está directamente influido por el reciente interés que ha adquirido el estudio de las clases medias en América Latina, en tanto que actores sociales y políticos significativos en la vida política de la región, a partir del final de los procesos de instauración y consolidación de regímenes democráticos. En dichos trabajos (Paramio, 2010), se defiende que las clases medias deben volver a incorporarse como objeto de estudio, reconociendo, no obstante, el aumento de su heterogeneidad estructural, de estilos de vida y de comportamientos. Unas investigaciones que, además, tampoco son ajenas al impacto de las tesis sobre la polarización social.

Para mi propio argumento, me interesa, sobre todo, resaltar tres puntos de coinciden-

cia en dichos análisis. En primer lugar, se señala el aumento del tamaño de las clases medias en la región (Hopenhayn, 2010), aunque se advierte sobre las grandes diferencias que existen entre distintos países. Un crecimiento que es notable, en particular, en los sectores más bajos, debido a que el crecimiento económico, las políticas de transferencias monetarias directas y ciertas políticas distributivas han permitido el ascenso de los estratos superiores de los sectores más bajos.

Paralelamente a estos cambios cuantitativos, surge el interrogante sobre los posibles cambios en los alineamientos políticos de las clases medias. En concreto, parece necesario comenzar a superar la vieja tesis que afirma que su crecimiento constituye un factor de estabilidad política en la región. A lo largo del período considerado, existen ejemplos significativos de movilizaciones políticas en las que estas clases han jugado un papel protagonista. Unas protestas que no parecen haber contribuido necesariamente a la estabilidad gubernamental, puesto que una buena parte de las mismas son movilizaciones de oposición. Finalmente, todos los autores que están trabajando en este campo admiten la conveniencia –al tiempo que la considerable complejidad– de transitar desde un análisis estrictamente estructural al estudio de los “estilos de vida” de las clases medias, con una perspectiva que vaya más allá de la simple consideración de sus niveles de vida y consumo.

Todos estos trabajos se esfuerzan por retomar el estudio de las clases medias en un contexto definido por las siguientes transformaciones. En primer lugar, se constata la práctica desaparición del concepto “clase social” del discurso político –de las elites, organizaciones sociales y políticas, y medios de comunicación– en la vida pública de los sistemas democráticos, al menos a partir de los años noventa del pasado siglo. Asistimos, por el contrario, a la difusión de un lenguaje de la ciudadanía “sin atributos” que insiste en defender concepciones y políticas destinadas al “ciudadano común” (“ordinario”). Para algunos autores (Turner, 2001), el enorme éxito del discurso de la ciudadanía responde precisamente a que permite evitar el siempre incómodo problema de la persistencia y reproducción de las desigualdades. Al mismo tiempo, surgen los debates acerca de una ciudadanía “de la diferencia” en los que las viejas formas de la desigualdad de clase pasan a ocupar un segundo plano. Las propuestas de avanzar hacia concepciones de ciudadanía multicultural recogen, en buena medida, el aumento de la visibilidad e impacto de las demandas y movimientos “de la diferencia”. A pesar de que algunos autores (Fraser, 2000) se esfuerzan por demostrar el error que conlleva la falsa contraposición entre demandas y luchas por el reconocimiento y por la redistribución, las polémicas sobre la definición y puesta en práctica de una ciudadanía multicultural tienen serias dificultades para incorporar los viejos argumentos –y realidades– de la desigual-

dad socio-económica. Aunque aparentemente contrapuestos, los argumentos de la ciudadanía común y los de la multicultural contribuyen a alejar el análisis de clase de las preocupaciones de buena parte de los científicos sociales.

No obstante, nuestras disciplinas no pueden negar un hecho incontestable: el período en el que se hace visible la relevancia de las diferencias de carácter cultural coincide con un aumento de las viejas formas de desigualdad económica y social. A la par que se cuestionan los fundamentos y políticas de los Estados del bienestar, se advierten los límites del impacto de estas últimas sobre la desigualdad³. Es precisamente este fenómeno el que refuerza las tesis de la polarización de las sociedades contemporáneas. Aún así, en el marco político e ideológico predominante –al menos en Europa– en este período, ello no supone un retorno al análisis de la desigualdad de clase, sino por el contrario un énfasis en los estudios sobre la pobreza y la marginación social. En buena medida, se trata de análisis en los que ambas cuestiones adquieren un sesgo psicológico e incluso urbano (Procacci, 1999).

Este giro en el análisis de la desigualdad social está presente tanto en las propuestas de un nuevo pensamiento socialdemócrata (Giddens, 2003) como en los discursos neconservadores⁴. Se trata de un movimiento paralelo al desplazamiento del énfasis desde los derechos ciudadanos, que había marcado todo el debate sobre la ciudadanía sustantiva a partir de la obra de T. H. Marshall (1998), a los

deberes y responsabilidades cívicos. A partir de los años noventa, buena parte de las propuestas y programas que se vinculan con los argumentos del “retorno de la sociedad civil” y con la defensa de una nueva “ciudadanía activa” se basan precisamente en la redefinición de los deberes de ciudadanía, que se sitúan en el centro de la revalorización de la vida democrática. Este fenómeno, además, encaja muy bien con los programas de fomento del capital social que, a partir de la enorme influencia de la obra de R. Putnam (1993; 1995), fueron formulados y aplicados desde este mismo período en muchos países iberoamericanos como instrumentos adecuados para superar situaciones de pobreza y exclusión social. Finalmente, en este contexto no es difícil comprender las razones por las cuales el análisis sociopolítico ha incorporado un nuevo vocabulario –cohesión, pobreza, marginación– mientras que otros conceptos antes centrales parecen estar en desuso –igualdad, e incluso clase social–.

III. Las culturas de las clases medias: entre la democratización y la diferencia

A lo largo de las dos secciones anteriores, espero haber mostrado que el análisis de clase se enfrenta a considerables dificultades –conceptuales y metodológicas– que afectan especialmente al estudio de las clases medias. Por otro

lado, también me he detenido brevemente en mostrar cómo el contexto político e ideológico en el que se enmarcan estos trabajos tampoco facilita la tarea. Si esto es así, ¿hasta qué punto tiene sentido esforzarse por estudiar las culturas de las clases medias? Y, si se admite que, al menos, vale la pena intentarlo, ¿cómo hacerlo? En las próximas páginas, me esforzaré por defender que, a pesar de todos estos obstáculos, existen suficientes razones como para concluir que –al menos en el caso iberoamericano– se trata de un tema relevante para comprender algunos de los problemas sociales y políticos a los que se enfrentan nuestras sociedades.

Para ello, tendré como marco de referencia algunas de las aportaciones más relevantes del nuevo análisis cultural de las clases sociales, antes mencionadas. En su mayoría son contribuciones de autores que trabajan sobre el mundo anglosajón y, además, con una metodología cualitativa. Puesto que los trabajos publicados en el ámbito latinoamericano sobre esta cuestión son muy escasos (Méndez, 2008), emplearé datos de encuestas de opinión realizadas en América Latina y en España para ilustrar algunos de mis argumentos⁵.

Para comenzar, quizá convenga recordar con brevedad qué es lo que sabemos de estas clases medias y, más en concreto, de la evolución de sus gustos y prácticas culturales. Para ello, sin entrar en los debates de la delimitación exacta de estos estratos, no debemos olvidar que seguimos identificando la extensión cuantitativa

de dichas clases con las sociedades económica y socialmente avanzadas, o modernizadas. En ellos, se engloban todos aquellos grupos que de definen por unos logros educativos altos, por desempeñar ocupaciones no manuales, y por poseer niveles de ingresos que les permiten el acceso a una amplia gama de bienes de consumo, más allá de aquellos necesarios para la subsistencia personal y familiar. Además de los procesos modernizadores, los períodos de bonanza económica, las transferencias monetarias y las políticas de bienestar explican, como ha ocurrido en buena parte de los países latinoamericanos en los últimos veinte años, un aumento del volumen de las mismas.

Si consideramos, por ejemplo, los datos que nos proporcionan dos estudios del CIS (véase la tabla 1), podremos comprobar que, de acuerdo con la clasificación de estatus socioeconómico empleada, las clases medias (viejas y nuevas) suponen casi el 40% de la población española.

Tabla 1
España. Estatus socioeconómico

	Marzo 2007 %	Sept. 2011 %
Clase alta/media-alta	16,7	19,0
Nuevas clases medias	20,1	20,6
Viejas clases medias	18,8	17,3
Obreros cualificados	32,2	28,7
Obreros no cualificados	12,2	14,5
TOTAL	100,0	100,0

Fuente: CIS, E 2681 y 2911

Soy consciente del peligro de generalizar unos datos obtenidos a partir de encuestas de opinión pero, en todo caso, sí es significativo observar que el peso de estos dos grupos supera al de la clase obrera en el año 2007 y es similar cuatro años después, cuando el impacto de la actual crisis económica en España es abrumador.

Sabemos también que, debido a las transformaciones de unos mercados de trabajo afectados por una economía globalizada que origina nuevos sectores productivos e impone la adquisición de nuevas capacidades y cualificaciones profesionales, pero también a los cambios en los estilos de vida que implican estos mismos procesos, se trata de un grupo crecientemente heterogéneo. En consecuencia, la tradicional diferenciación entre viejas y nuevas clases medias debe adquirir un nuevo sentido, e inevitablemente hacerse más compleja, en la medida en que ha de cruzarse con el fenómeno de los ganadores y perdedores de estas nuevas economías globales. Evidentemente, los ganadores se incorporan al grupo de las nuevas clases medias, y al también heterogéneo de las clases altas/medias altas, por seguir utilizando la clasificación del CIS. Por el contrario, debemos asumir que en las viejas clases medias se concentran los mayores riesgos de sufrir las nuevas formas de vulnerabilidad que conllevan estos cambios globales.

Somos también conscientes de que el aumento cuantitativo de las clases medias –fundamentalmente en América Latina– son

consecuencia directa de la salida de la pobreza de los estratos superiores de las “clases bajas”. La incorporación al mercado de trabajo formal, el aumento de los niveles educativos, el crecimiento de los ingresos familiares y el mayor acceso a bienes y servicios sociales explica este aumento “desde abajo”. No obstante, no debemos olvidar que, en el contexto europeo –y, especialmente en el caso español–, ya incluso antes del inicio de la actual crisis económica, se difundió la preocupación por el surgimiento de todo un conjunto de síntomas que apuntan a un incremento constante de la vulnerabilidad de las viejas y nuevas clases medias. En concreto, se ha apuntado a que algunas de las tendencias de cambio de los mercados de trabajo –aumento de la precariedad y de la inestabilidad laboral, “proletarización de ciertas ocupaciones”...– estarían afectando en mayor medida a los empleados “de cuello blanco” de las cate-

gorías intermedias. Un fenómeno paralelo a la percepción de la creciente falta de adecuación entre los logros obtenidos en el sistema educativo y la entrada en el mercado de trabajo⁶. Esta impresión de fragilidad y peligro se ha visto reforzada por el cuestionamiento de la viabilidad de algunos de los bienes y servicios proporcionados por el Estado de bienestar, de los que se benefician esencialmente las clases medias.

Algunos argumentos relacionados con estos procesos, y relevantes para mi propio argumento, son los siguientes. En primer lugar, ciertos estudiosos (Hopenhayn, 2010) se preguntan si la apertura de los sistemas educativos, que ha tenido lugar en todos los países iberoamericanos aunque con distintos ritmos y calendarios, podría llegar a poner en riesgo la tradicional distinción de las clases medias basada en sus altos niveles educativos. El argumento, sin embargo, es cuestionable al menos a corto plazo, ya que los datos

Tabla 2

España. Nivel de estudios según estatus socioeconómico (%)

	Clase alta/ media-alta	Nuevas clases medias	Viejas clases medias	Obreros cualificados	Obreros no cualificados	TOTAL
Sin estudios	0,4	2,0	15,9	9,4	14,4	8,0
Primaria	6,8	33,5	54,2	62,4	61,8	44,4
Secundaria	8,4	22,4	11,1	8,3	9,2	11,8
Form. Profesional	10,3	21,0	9,6	16,0	11,2	14,2
Medios univ.	27,0	8,3	5,8	2,3	2,3	8,8
Superiores	46,8	12,5	2,9	1,6	1,1	12,6
N.C.	0,2	0,2	0,5	-	-	0,2
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: CIS. E 2911. Septiembre 2011.

siguen indicando que existe una relación directa entre el estatus socioeconómico y el logro educativo. En concreto, en la tabla 2 puede observarse cómo se mantienen unas clarísimas diferencias entre las clases sociales en España de acuerdo con el nivel educativo alcanzado. Destaca en esta tabla la gran distancia entre viejas y nuevas clases medias.

Pero, además, existen numerosos indicios de que tanto las nuevas clases medias pero, sobre todo, las medias altas/altas ponen en juego nuevos mecanismos de diferenciación educativa para sus hijos/as: escuelas privadas, conocimiento de idiomas, estudios de postgrado. En el caso concreto de España, distintas investigaciones impulsadas por el INJUVE muestran cómo en los últimos años las familias de clase media y media alta han asumido plenamente estas nuevas reglas de la diferenciación, y planifican de forma explícita la inversión en educación de sus hijos e hijas, aun a costa de restringir sus propios gastos de consumo (AAVV, 2008). Por otro lado, podemos recordar que el rechazo a los que se consideran nuevos factores de desigualdad social se expresa en muchas de las demandas de los movimientos estudiantiles de los últimos años en países europeos (Francia, Gran Bretaña, Italia, España) y latinoamericanos (Chile). En definitiva, es difícil negar que, aún hoy en día, para las nuevas y viejas clases medias el logro educativo sigue siendo considerado como la principal garantía de ascenso social.

Sin embargo, F. Dubet (2004) advierte en sus investigaciones sobre el caso francés (realizadas antes del inicio de la actual crisis económica) de la existencia de una preocupación creciente entre estas clases por la movilidad descendente de sus hijos/as. El temor de que las nuevas generaciones “vayan a vivir peor que ellos” parece difundirse con cierta rapidez, lo que explicaría no sólo un creciente pesimismo en estos grupos sino también su predisposición a atender a discursos reactivos –anti-inmigración, islamofobia...– y una progresiva atracción hacia organizaciones políticas de la nueva derecha radical. Un fenómeno que también es perceptible en otros países europeos, muy concretamente en los escandinavos.

Si tomamos en consideración ahora la dimensión de los gustos y el consumo culturales de las clases medias, nos encontramos también con un panorama complejo y contradictorio. Por una parte, parece inevitable aceptar –como muestran los datos de la CEPAL que maneja M. Hopenhayn (2010) en su estudio– que se ha producido un claro acceso de las clases medias iberoamericanas al consumo de productos de masa baratos. Un fenómeno hecho posible por los cambios acaecidos en los mercados de bienes de consumo globales de las últimas décadas, que han facilitado la extensión de bienes vinculados a actividades de ocio y a nuevos estilos de vida, antes reservados a las elites: viajes, vacaciones, moda,

Tabla 3

Interés por distintos ámbitos de la cultura en España (%)

	Música					Cine				
	1	2	3	4	5	1	2	3	4	5
Mucho/ Bastante	80,8	80,1	61,2	63,7	69,3	76,9	70,6	47,7	51,2	55,7
Poco/ Nada	18,8	19,3	38,2	35,5	30,7	23	29,3	51,8	48,1	44,3

	Lectura					Teatro				
	1	2	3	4	5	1	2	3	4	5
Mucho/ Bastante	81,7	71	50,8	47,2	46,6	55,4	43,2	26,3	21,5	25,9
Poco/ Nada	17,9	29	48,4	52,4	53,1	43,8	56,1	71,0	74,8	73,8

Fuente: CIS, E 2806, Junio 2009. ("Me gustaría que me dijera en qué medida le interesan, mucho, bastante, poco o nada, los siguientes ámbitos de la cultura que voy a mencionarle").

1. Clase alta/media alta. 2. Nuevas clases medias. 3. Viejas clases medias. 4. Obreros cualificados. 5. Obreros no cualificados.

electrodomésticos, informática, música...Una pulsión hacia el consumo que recogen muchas reflexiones sobre las nuevas formas de poner en práctica la ciudadanía, ya mencionadas con anterioridad?

En cierto sentido, podría afirmarse que avanzamos hacia una democratización de los gustos y de las prácticas culturales. Un proceso que sería perceptible, sobre todo, en las culturas juveniles, en donde el análisis de clase hace ya tiempo fue sustituido por el estudio de otro tipo de grupos de afinidad, como son las "tribus" juveniles (Feixa, 1998; Maffesoli, 1990) que siguen reproduciendo formas de desigualdad, pero, en cualquier caso, con lógicas distintas a la de la clase.

No obstante, estos procesos de homogeneización de las prácticas culturales son cuestionados por los nuevos fenómenos de diferenciación jerárquica de gustos y estilos de vida que señalan algunos autores al hablar del surgimiento de nuevos mercados de la diferenciación destinados precisamente a los sectores más altos de las clases medias. Por otra parte, en el momento en que se toman en consideración algunos datos de encuestas de opinión sobre hábitos culturales, las diferencias por estatus socioeconómico siguen siendo muy notables. En concreto, una vez más para el caso español, las tablas 3 y 4 sobre el grado de interés por ciertos ámbitos de la cultura y el tipo de actividades de ocio

Tabla 4
Actividades de ocio por estatus socioeconómico en España

	Clase alta/ media-alta	Nuevas clases medias	Viejas clases medias	Obreros cualificados	Obreros no cualificados	TOTAL
	%	%	%	%	%	%
Ver la televisión	29,2	43,2	59,5	52,1	58,5	48,6
Leer (prensa, libros, etc.)	28,4	22,6	12,6	16,8	17,0	19,2
Asistir a espectáculos (cine, teatro, conciertos, etc.)	27,2	18,7	8,0	10,0	8,8	14,1
Ver alguna exposición (pintura, fotografía, etc.)	8,5	4,4	1,5	1,7	1,4	3,3
Navegar por Internet	9,7	12,0	4,2	6,2	4,8	7,4
Pasear, hacer ejercicio, deporte, gimnasia	32,9	31,5	38,5	39,1	29,3	35,2
Salir a “tomar algo” con pareja/familia	38,4	41,7	32,5	40,8	45,9	39,7
Reunirse con amigos fuera de casa	44,6	40,5	38,3	36,9	35,0	38,9
N.S.	0,0	0,0	0,2	0,0	0,0	0,0
N.C.	1,2	1,7	2,0	1,9	1,7	1,7

Fuente: CIS E 2681. Marzo 2007. (“Y durante los fines de semana y días festivos, ¿qué tres tipos de actividades suele ud. hacer durante su tiempo libre? (Máximo tres respuestas)”).

más frecuentes pueden servir para realizar algunas consideraciones.

Ante todo, se mantienen claras disparidades entre la “alta cultura” y la “cultura popular”. Una división que se expresa tanto en el interés como en la frecuencia de actividades de ocio relacionadas con estos ámbitos. Por lo que se refiere a las prácticas culturales, las máximas diferencias entre grupos de estatus se encuentran en la lectura, la asistencia a espectáculos y la visita a exposiciones. Es interesante advertir la considerable distancia

entre las nuevas clases medias y las viejas, estando mucho más cercanas las nuevas a las clases medias altas/altas y las segundas a los gustos y hábitos de las clases obreras. Por otra parte, los datos de la tabla 4 confirman que la televisión se ha convertido en el espectáculo popular por excelencia, con niveles máximos en la vieja clase media.

En segundo lugar, estos mismos datos proporcionan indicios de diferentes formas de sociabilidad de las clases medias, en comparación con otros grupos de estatus. Unos

contrastes que confirman ciertas conclusiones contenidas en los trabajos sobre las transformaciones de los tipos de consumo que apuntan al desarrollo de nuevas formas de diferenciación simbólica que se expresan en pequeños matices. Se trata de fenómenos que precisan de una aproximación mucho más detenida y matizada, y que son muy difíciles de incorporar a una encuesta de opinión. El “boom” de la gastronomía, la nueva jerarquización de las marcas de moda o de aparatos electrónicos, o incluso la aparición del fenómeno de las series de televisión “cultas” son fenómenos que, desde hace algún tiempo, han suscitado el interés de los sociólogos de la cultura, preocupados por la transformación de los mecanismos de diferenciación cultural de las clases medias altas y de las nuevas clases medias.

En definitiva, como ya se ha apuntado en páginas anteriores, es difícil negar que avanzamos hacia la construcción de nuevas barreras de la inclusión/exclusión que exigen trabajos mucho más minuciosos que nos permitan aprehender estas nuevas formas de jerarquía y comprobar el modo en que operan en la reproducción de la desigualdad social, sin perder de vista nunca las particularidades nacionales, puesto que estos procesos están directamente afectados por las tensiones que se generan entre lo global y lo local.

La lectura de estos datos nos remite al impacto del desarrollo de las nuevas tec-

nologías de la información y la comunicación (NTICs) en todas estas transformaciones y, muy en particular, a la influencia de la denominada “brecha digital”. No se trata únicamente de advertir que el hecho de estar conectado o no a la red se ha convertido en una condición “sine qua non” para poder disfrutar de estos nuevos estilos de vida, sino también de que la conexión es un prerequisite imprescindible para situarse del lado de los ganadores en las nuevas formas de la desigualdad. En este punto, se puede destacar que el máximo porcentaje de aquéllos para los que navegar por internet forma parte de una de sus tres principales actividades de ocio durante los días festivos se encuentra entre las nuevas clases medias, seguido curiosamente en el caso español por los obreros cualificados⁸.

En la brecha digital interviene de forma decisiva el estatus socioeconómico, tal y como se muestra en la tabla 5. Existe una nítida línea divisoria que distingue a los grupos de conectados –la clase media y media alta y las nuevas clases medias– frente a las viejas clases medias y los dos grupos que podemos incluir dentro de la clase obrera. Las consecuencias sobre la desigualdad social que producen las diferentes capacidades de utilización y el desigual acceso a las NTICs ya fueron señaladas hace una década por M. Castells (2001) cuando afirmó que nos encontrábamos ante el surgimiento de un nuevo “cleavage” social: el del espacio de los flujos frente al espacio de los lugares.

Tabla 5

Frecuencia de utilización de internet por estatus socio-económico en España

	Clase alta/ media-alta	Nuevas clases medias	Viejas clases medias	Obreros cualificados	Obreros no cualificados	TOTAL	(N)
	%	%	%	%	%	%	
Todos o casi todos los días	53,9	40,9	15,7	16,5	13,3	27,1	(650)
Por lo menos una vez a la semana	16,5	14,1	7,5	9,5	10,5	11,3	(272)
Varias veces al mes	3,5	4,4	0,9	2,7	1,7	2,7	(65)
Una vez al mes	2,7	1,7	1,3	1,2	1,4	1,6	(38)
Varias veces al año	1,0	1,5	1,3	1,3	1,7	1,3	(32)
No utiliza Internet	21,9	36,7	69,2	67,5	71,4	54,5	(1309)
N.S./ No sabe lo que es	0,2	0,6	4,0	1,4	-	1,4	(33)
N.C.	0,2	0,2	-	-	-	0,1	(2)
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	(2401)

Fuente: CIS E 2681. Marzo 2007. ("¿Cuánto suele utilizar internet?")

Tabla 6

Frecuencia de utilización de internet por edad en España

	De 18 a 24	De 25 a 34	De 35 a 44	De 45 a 54	De 55 a 64	65 y más	N.C.	TOTAL
	%	%	%	%	%	%	%	%
Todos o casi todos los días	48,9	43,5	34,6	25,9	11,4	2,6	-	27,2
Por lo menos una vez a la semana	19,1	17,4	15,9	9,9	5,4	1,6	50,0	11,4
Varias veces al mes	5,7	4,2	3,7	2,4	0,6	0,4	-	2,7
Una vez al mes	2,7	1,9	2,6	1,8	1,3	-	-	1,6
Varias veces al año	1,5	1,5	1,6	1,8	0,9	0,6	-	1,3
No utiliza Internet	21,8	31,6	41,5	57,9	78,8	89,3	50,0	54,3
N.S./ No sabe lo que es	-	-	-	0,3	1,6	5,5	-	1,4
N.C.	0,4	-	0,2	-	-	-	-	0,1
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: CIS, E 2681. Marzo 2007. ("¿Cuánto suele utilizar internet?").

No obstante, parece conveniente matizar esta afirmación puesto que, sin duda, la principal variable que afecta a las capacidades de acceso a las NTICs y a su utilización efectiva es la edad, tal y como se puede advertir en la tabla 6. En todas las culturas juveniles, estas tecnologías se han convertido en elemento básico de sus estilos de vida, incorporando, además, una constante innovación en el modo en que las emplean. Por consiguiente, es necesario ser prudentes sobre la continuidad de la brecha digital por estatus; muy posiblemente ésta se atenuará a medida que los jóvenes vayan alcanzando la edad adulta⁹.

Lo que sí es importante es constatar los diferentes usos de las NTICs por parte de las diversas categorías de estatus. En concreto, estudios recientes (Robles, 2006) revelan el aumento del peso de internet –redes sociales, chats, blogs...– en la adquisición de información y en el desarrollo de nuevas formas de implicación política. Un fenómeno en el que, una vez más, son los jóvenes de clase media y media/alta los protagonistas más destacados¹⁰.

IV. Un intento de aproximarse a los universos políticos de las clases medias

¿Poseen estos cambios en los gustos y prácticas culturales de unas clases medias cada vez más heterogéneas algún impacto en sus culturas

políticas? O, por plantearlo de otro modo, ¿en qué medida el aumento de la heterogeneidad de estas clases y la difuminación de sus identidades colectivas están teniendo alguna influencia en sus identidades políticas y en el modo en que entienden su papel como actores políticos colectivos?

Como ya anuncié en las primeras páginas de este trabajo, es muy difícil plantear conclusiones claras sobre esta cuestión puesto que, si nos limitamos a la tradición todavía dominante de los estudios de la cultura política, la relación con la desigualdad social simplemente no es abordada. Aunque nunca formulada de forma explícita, una de las precondiciones básicas de la cultura cívica –aquella que se corresponde con los sistemas democráticos estables de las sociedades avanzadas– es la superación de los principales “cleavages” que dividen a las sociedades y que constituyen una de las principales fuentes del conflicto político. La cultura cívica es, pues, la de un “ciudadano medio”, sin referencia alguna a las formas de estratificación social y al desigual reparto de recursos.

De hecho, los escasos estudios que se plantean profundizar en el análisis de las subculturas políticas insisten en analizar la permanencia de algunos de estos viejos “cleavages” (etnia, religión, incluso género) en las sociedades avanzadas. Pero la clase social no se incluye nunca entre ellos. Sí se

consideran, en cambio, las disparidades en la cultura política que introducen algunas de las variables sociodemográficas clásicas –edad y nivel educativo– en la línea de la tradición clásica de los estudios clásicos de participación política (Milbrath, 1982; Verba, 1993). Junto a ello, se reconoce el papel de la socialización política familiar en la adquisición de las capacidades básicas del sujeto político y, más recientemente, se incorpora la referencia al peso de las prácticas asociativas en la predisposición hacia la ciudadanía activa.

En el desarrollo del argumento de la cultura política formulado por R. Inglehart a partir de finales de los años setenta (Inglehart, 1977, 1991, 1999, 2005) en su teoría de los valores postmaterialistas, la extensión de los niveles de bienestar material y de seguridad de las generaciones nacidas tras el fin de la segunda guerra mundial son los principales factores explicativos de este proceso. Sin mencionarlo nunca de forma explícita, se repite, por lo tanto, el viejo argumento de la extensión de una “sociedad de clases medias”, caracterizada por la superación de las viejas desigualdades socioeconómicas. De aquí que la brecha más significativa sea la que se forma entre unas nuevas generaciones de jóvenes más educados y con un mayor nivel de bienestar, cuyos valores postmaterialistas generan una nueva política, en contraposición a otros sectores que todavía se resisten a la adopción de dichos valores. Entre estos últimos, no sólo se encuentran las generaciones de mayor

edad sino todos aquellos grupos que, por distintas razones, siguen ligados a los viejos valores tradicionales. En los últimos trabajos de este autor, se presta una creciente atención al peso de la religión como obstáculo para la difusión de dichos valores.

No es éste el momento para detenerme en el debate sobre las aportaciones y limitaciones de los trabajos de Inglehart y de sus seguidores. Simplemente, me interesa destacar dos hechos. En primer lugar, a pesar de la afirmación de Inglehart sobre la inevitable extensión de los valores postmaterialistas en todo el mundo occidental, siguen manteniéndose diferencias muy notables entre regiones y países. En segundo lugar, en el momento en que consideramos la influencia del estatus socioeconómico en alguno de los principales indicadores del postmaterialismo, las diferencias son notables por grupos de estatus.

Tomemos, por ejemplo, el caso de la confianza en los demás. La inclusión de este indicador en la Encuesta Mundial de Valores (WVS) constituye, sin duda, una ampliación importante del planteamiento clásico de la cultura política. Por otra parte, el concepto de “confianza generalizada” tiene un papel muy significativo en la concepción de capital social de R. Putnam. Sin entrar tampoco en el debate sobre las debilidades de esta definición de confianza, basta con recordar que la confianza generalizada en el otro es un prerequisite clave de la adquisición de capacidades básicas

Tabla 7

Confianza interpersonal

	Se puede confiar en la mayoría de las personas	Uno nunca es lo suficientemente cuidadoso en el trato con los demás
Argentina	24,1 %	75,9 %
Bolivia	18,8 %	81,2 %
Brasil	10,2 %	89,8 %
Colombia	20,5 %	79,5 %
Costa Rica	18,8 %	81,2 %
Chile	18,0 %	82,0 %
Ecuador	16,8 %	83,2 %
El Salvador	26,4 %	73,6 %
Guatemala	18,9 %	81,1 %
Honduras	21,8 %	78,2 %
México	26,7 %	73,3 %
Nicaragua	16,9 %	83,1 %
Panamá	21,4 %	78,6 %
Paraguay	13,8 %	86,2 %
Perú	14,5 %	85,5 %
Uruguay	30,9 %	69,1 %
Venezuela	24,1 %	75,9 %
España	38,3 %	61,7 %
República Dominicana	31,3 %	68,7 %
Total	22,6 %	77,4 %

Fuente: Latinobarómetro 2010

para la vida social y la ciudadanía activa. En nuestro caso, si atendemos a los datos del Latinobarómetro de 2010 (tabla 7) advertiremos que existen notables diferencias entre los países iberoamericanos que no se corresponden simplemente con la disparidad de niveles de desarrollo y de bienestar. En concreto, el 31,3% de los dominicanos afirma que, por lo general, se puede confiar en la mayoría de las personas, frente al 10,2% de los brasileños.

Ciertamente, debemos incorporar la referencia a la seguridad de cada país; o, mejor dicho, los niveles de seguridad percibidos por sus ciudadanos. Pero ello tampoco explicaría que los niveles de confianza sean, por ejemplo, mayores en Colombia (20,5%) que en Costa Rica (18,8%) o en Chile (18,0%).

Por otra parte, si se introduce la distribución de la confianza interpersonal de acuerdo con las ocupaciones de los activos entrevistados, no

Tabla 8
Confianza interpersonal por ocupación

	Ocupación Activos	Se puede confiar en la mayoría de las personas	Uno nunca es lo suficientemente cuidadoso en el trato con los demás
República Dominicana	Profesional independiente	30,6 %	69,4 %
	Dueño de negocio	25,8 %	74,2 %
	Agricultor/pescador	24,5 %	75,5 %
	Trabajador por cuenta propia, ambulante	22,8 %	77,2 %
	Profesional dependiente	50,3 %	49,7 %
	Alto ejecutivo	50,0 %	50,0 %
	Ejecutivo de mando medio	28,3 %	71,7 %
	Otro empleado	36,2 %	63,8 %
	Uruguay	Profesional independiente	22,7 %
Dueño de negocio		37,8 %	62,2 %
Agricultor/pescador		81,8 %	18,2 %
Trabajador por cuenta propia, ambulante		38,0 %	62,0 %
Profesional dependiente		25,0 %	75,0 %
Alto ejecutivo		100,0 %	-
Ejecutivo de mando medio		-	100,0 %
Otro empleado		31,0 %	69,0 %
Brasil		Profesional independiente	20,0 %
	Dueño de negocio	9,0 %	91,0 %
	Agricultor/pescador	3,8 %	96,2 %
	Trabajador por cuenta propia, ambulante	9,4 %	90,6 %
	Profesional dependiente	15,2 %	84,8 %
	Alto ejecutivo	25,0 %	75,0 %
	Ejecutivo de mando medio	20,0 %	80,0 %
	Otro empleado	11,9 %	88,1 %
	Paraguay	Profesional independiente	16,7 %
Dueño de negocio		15,3 %	84,7 %
Agricultor/pescador		15,6 %	84,4 %
Trabajador por cuenta propia, ambulante		17,3 %	82,7 %
Profesional dependiente		6,8 %	93,2 %
Alto ejecutivo		-	100,0 %
Ejecutivo de mando medio		9,5 %	90,5 %
Otro empleado		13,9 %	86,1 %

Fuente: Latinobarómetro 2010

Tabla 9
Confianza generalizada en España

	Clase alta/ media-alta	Nuevas clases medias	Viejas clases medias	Obreros cualificados	Obreros no cualificados	TOTAL
	%	%	%	%	%	%
(0-1)						
Nunca se es lo bastante prudente	2,8	4,2	6,2	7,1	9,5	6,2
(2-3)	13,3	16,7	19,8	21,2	24,8	19,5
(4-6)	48,7	51,1	53,3	51,5	44,8	50,1
(7-8)	29,1	23,9	16,8	16,8	16,2	20,0
(9-10)						
Se puede confiar en la mayoría de la gente	5,0	3,3	2,2	2,4	2,5	3,0
N.S./N.C.	1,1	0,8	1,6	1,1	2,3	1,3
TOTAL	100	100	100	100	100	100

Fuente: CIS, E 2632, Enero 2006 ("¿Diría usted que, por lo general, se puede confiar en la mayoría de la gente, o que nunca se es lo bastante prudente en el trato con los demás?").

se encuentra una pauta clara en los distintos países de la región. Concretamente (tabla 8), en los dos países latinoamericanos que expresan mayores niveles de confianza interpersonal (República Dominicana y Uruguay) y en los dos en los que son más bajos (Brasil y Paraguay) la relación parece simplemente inexistente. Más aún, en el Latinobarómetro de 2010 tampoco aparece una pauta clara cuando se analiza la distribución de la confianza según los niveles educativos de los entrevistados.

No obstante, no deben extraerse conclusiones precipitadas de estos datos. En el caso español (tabla 9), para el que se ha empleado un indicador más sofisticado que la simple ocupación del entrevistado, sí encontramos en

cambio la pauta previsible de acuerdo con el análisis de Inglehart. Las clases medias poseen niveles medios de confianza, que son algo menores en el caso de las viejas clases medias, y que alcanzan su máximo en las clases altas y medias-altas.

Pasando ahora a tomar en cuenta algunos indicadores clásicos de la cultura política con toda la precaución que exige trabajar con categorías tan ambiguas y controvertidas, es posible afirmar que los resultados apuntan en las siguientes direcciones:

- 1) La desigualdad socioeconómica sí parece intervenir en algunas de las dimensiones básicas de la constitución del sujeto

Tabla 10
Confianza en las instituciones en España

	Partidos Políticos					Gobierno Central					Poder judicial				
	1	2	3	4	5	1	2	3	4	5	1	2	3	4	5
Poca o ninguna confianza (0-3)	41,2	47,2	49,5	51,1	53,5	39,3	46,6	46,7	43,9	45	28,4	37,7	39,0	41,5	40,3
Bastante confianza (4-6)	50,7	44,2	37,6	40,7	37,4	48,8	39,7	35,0	40,7	40,6	47,6	42,0	39,0	42,0	37,1
Mucha o total confianza (7-10)	6,4	7,1	5,3	4,7	4,7	1,4	11,6	10,7	10,9	10,4	22,3	17,3	12,0	11,0	17,7
NS/NC	1,7	2,2	6,0	3,7	4,4	1,4	2,0	7,5	4,4	6,3	4,7	5,5	8,2	6,5	7,2

Fuente: CIS, E 2826, diciembre 2009. (“¿En qué medida confía usted en cada una de las siguientes instituciones o grupos? Utilice esta escala de 0 a 10 en la que el 0 significa “ninguna confianza” y el 10 “total confianza”).

1.Clase alta/media alta. 2.Nuevas clases medias. 3.Viejas clases medias. 4.Obreros cualificados. 5.Obreros no cualificados.

político. En concreto, en todas las encuestas de los dos bancos de datos que se han manejado en este trabajo se encuentran diferencias muy significativas por estatus socioeconómico en el interés y en la exposición a la información política. A medida que se asciende en la escala de estratificación, aumenta la inteligibilidad del mundo político y, por lo tanto, la capacidad de considerarse como miembro competente de la comunidad política. En este punto, una vez más, las diferencias entre las viejas y las clases medias son significativas. No obstante, tal y como comentamos con anterioridad, ello no se refleja en pautas claras de confianza interpersonal ni tampoco en la

confianza en las principales instituciones políticas (tabla 10), con independencia de que este último indicador de confianza varíe mucho entre los países y esté estrechamente vinculado a la coyuntura política concreta de cada uno de ellos.

2) Aunque las clases medias –fundamentalmente las nuevas– poseen niveles apreciables de competencia cívica, aparece una nueva línea de división en el momento en que se presta atención a la participación ciudadana. Si exceptuamos el voto y la estricta política electoral, las demás formas de implicación cívica siguen siendo actividades en las que están presentes funda-

Tabla 11

Participación en acciones sociales y políticas en España

	Clase alta/ media-alta		Nuevas clases medias		Viejas clases medias		Obreros cualificados		Obreros sin cualificar	
	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No
Firmar una petición	41,2	57,5	26,2	72,5	17,0	82,0	18,2	81,5	18,2	81,3
Asistir a una manifestación	31,4	67,7	20,0	79,3	13,7	84,7	11,6	87,6	14,7	84,5
Participar en una huelga	10,3	87,8	8,7	89,4	6,1	92,9	7,9	90,9	6,4	92,7
Boicotear productos por razones políticas, éticas o medioambientales	28,0	72,0	19,4	80,4	11,6	87,7	8,7	91,0	8,2	91,7
Donar o recaudar dinero para una causa	44,2	54,9	31,1	67,8	23,6	75,6	20,4	79,4	16,5	83,4
Asistir a una reunión política o a un mitin	12,5	86,1	7,0	92,6	6,3	93,6	4,6	95,2	6,6	93,2
Participar en un foro de discusión política en Internet	5,7	93,6	2,0	97,6	1,2	98,2	1,1	98,4	0,6	99,4

Fuente: CIS, E 2632, Enero 2006. ("Existen diversas formas de participación en acciones sociales y políticas que la gente puede llevar a cabo. Por favor, indíqueme para cada una de las que le voy a mencionar si usted le ha llevado a cabo en los últimos 12 meses:").

mentalmente miembros de las clases altas y medias altas. En un momento en el que las movilizaciones de la clase obrera parecen pertenecer a un pasado cada vez más lejano, la "política de la protesta" y, sobre todo, las nuevas formas de movilización política –al menos en el caso español– parecen incumbir mayoritariamente a los miembros de la clase alta/media alta y, en menor medida, a los de las nuevas clases medias (ver tabla 11).

3) Las diferencias por estatus socioeconómico son menores, o en todo caso menos claras, cuando se consideran los

fundamentos de la legitimidad de los sistemas democráticos. Por ejemplo, cuando se analizan las respuestas a la clásica afirmación de que "la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno", no sólo nos encontramos con disparidades notables entre los distintos países de la región, sino que la variable estatus socioeconómico no introduce una pauta clara de distinción.

En definitiva, este repaso sucinto de algunos datos de encuestas de cultura política sólo nos permite concluir que la desigualdad socioeconómica opera de forma distinta en los

tres niveles centrales de las culturas políticas: la construcción del sujeto político, la implicación efectiva en la vida política y, finalmente, la valoración del sistema político en su conjunto. Por otro lado, lo único que nos permiten los resultados de este tipo de estudios es reforzar nuestra convicción de la heterogeneidad de las clases medias, en la medida en que las diferencias que exhiben los viejos y los nuevos sectores en cada uno de estos tres niveles son especialmente significativas. Pero, muy a mi pesar, no se puede afirmar nada más en lo referente a las posibles especificidades de unos universos políticos de las clases medias.

V. ¿Por qué esforzarse por profundizar en el estudio de las culturas políticas de las clases medias?

A partir de la rápida y, sin duda, insuficiente revisión de lo que nos dicen los estudios tradicionales de cultura política cuando se incorpora la desigualdad social, el primer impulso es dar una respuesta negativa a esta pregunta. Sencillamente, se podría concluir que no tiene ningún sentido tratar de poner en relación dos campos de estudio que parten de presupuestos teóricos tan dispares; que conciben la realidad social de una forma contrapuesta. Pero, además, algunos de los trabajos más recientes que se esfuerzan por profundizar en las identi-

dades de las clases medias en las sociedades actuales advierten unas dificultades todavía mayores, ya mencionadas al comienzo de estas páginas.

La des-identificación con la clase social es un fenómeno generalizado en nuestras sociedades, pero particularmente significativo en las clases medias. Las personas que se ubican en este estrato se resisten a emplear el lenguaje clasista a la hora de dar cuenta de sus experiencias vitales, aspiraciones y comportamientos. Un tipo de discurso compatible con el reconocimiento de la persistencia de formas de desigualdad social y, sobre todo, con las dificultades para formular un “nosotros común” de clase media. No se trata tanto de un lenguaje de la individualización en sentido estricto, sino más bien el resultado de una tensión por entenderse a sí mismos como personas comunes, normales, en un mundo que se sabe desigual. Ante esta complejidad –no exenta de contradicciones– algunos nuevos estudios optan por un doble movimiento. En primer lugar, trasladan su interés al análisis del modo en que las “viejas” líneas de la desigualdad social son cruzadas por otras –viejas y nuevas–, como la etnia o el género. En segundo lugar, se centran en el estudio de los gustos y estilos de vida, en la medida en que entienden que las nuevas formas de desigualdad social están generándose no ya en los ámbitos de la vida material, sino en las prácticas simbólicas y culturales. No obstante, la vinculación de estas nuevas formas de identidad cultural de las clases

medias con la esfera de la vida pública/política sigue siendo un terreno inexplorado.

En mi opinión, frente a este panorama –complejo, desconcertante y en ocasiones descorazonador– cabe una respuesta positiva a la pregunta que inicia esta última parte de mi argumento. Explorar el modo en que operan las culturas políticas de las clases medias en los procesos de politización de sus demandas y en su constitución como actores sociales y políticos constituye un tema relevante de investigación. Y ello es así, al menos por dos hechos resaltados a lo largo de mi exposición. En primer lugar, porque en el ámbito iberoamericano, sea cual fuere el significado que atribuyamos al concepto de clases medias, se constata un crecimiento –objetivo y subjetivo– de las mismas. Y, en segundo lugar, porque parece claro que estas clases constituyen un “locus” especialmente adecuado para comprobar el impacto de las actuales transformaciones económicas, sociales y culturales sobre la constitución del “nosotros común”: los procesos de individualización, el crecimiento de la desigualdad o la polarización social.

No obstante, asumir esta tarea implica estar dispuestos a dar un giro muy significativo en nuestra perspectiva de estudio. Tres son los principales retos que deberíamos asumir:

1. Trabajar con unas nuevas categorías de análisis que hagan posible aprehender la

realidad y las consecuencias de la heterogeneidad de las clases medias en nuestras sociedades actuales. Muy posiblemente, ello suponga superar el viejo vocabulario del análisis de clase, que se muestra incapaz de dar cuenta de estas nuevas realidades.

2. Extender los trabajos sobre los estilos de vida y las identidades sociales de las clases medias al terreno de la vida política, superando las propuestas de los análisis sobre el “ciudadano consumidor”. Y ello porque debemos reconocer que prestar atención a lo que ocurre en las viejas y nuevas esferas de la vida política sigue siendo relevante para el análisis social.

3. Recurrir a la imaginación sociológica para desarrollar nuevas metodologías de estudio que permitan captar toda la riqueza de los procesos de construcción y puesta en práctica de las representaciones sobre la política. No se trata únicamente de constatar la escasez del trabajo cualitativo en el campo de la cultura política, sino también de reconocer los límites del análisis del discurso que emplean la gran mayoría de éstos. Estudiar a gente concreta, en espacios concretos y haciendo cosas concretas puede ser un buen inicio para avanzar en una etnografía de la ciudadanía entre las clases medias.

Referencias bibliográficas

- AAVV (2008), *Informe 2008. Juventud en España*, Madrid, INJUVE.
- ALMOND, G. y S. VERBA (1963), *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, Princeton University Press. (ed. en español, Madrid, ed. Iberoamericana, 1970).
- BAUMAN, Z. (1999), *La globalización, consecuencias humanas*, México, FCE.
- BAUMAN, Z. (2000), *The individualized society*, Londres, Polity Press.
- BECK, U. (1998), *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós.
- BOTTERO, W. (2004), "Class identities and the identity of class", *Sociology*, vol 38, n°5, pp. 985-1003.
- BOURDIEU, P. (1991), *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, ed. Taurus.
- BUTLER, T. y M. SAVAGE (eds.) (2004), *Social change and the middle class*, Londres, Routledge.
- BYRNE, D. (2005), "Class, culture and identity: a reflection on absences against presences", *Sociology*, vol. 39, n°5, pp. 807-816.
- CASTELLS, M. (2001), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza Ed.
- DEVINE, F. (2004), *Rethinking class: cultures, identities and lifestyles*, Basingstoke, Macmillan.
- DUBET, F. (2004), *Les inégalités multipliées*. París, L'Aube.
- ERIKSON, R. y J. GOLDTHORPE (1993), *The constant flux: A study of class mobility in industrial societies*, Oxford, Clarendon Press.
- ESPING-ANDERSEN, G. (2010), *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*, Barcelona, Ed. Ariel.
- FEIXA, C. (1998), *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*, Barcelona, Ed. Ariel.
- FRASER, N. (2000), "Rethinking Recognition", *New Left Review*, n° 3, pp. 107-120.
- GARCÍA CANCLINI, N., (ed.) (1995), *Consumidores y ciudadanos*, México, Ed. Grijalbo.
- GIDDENS, A. (2003), *La tercera vía*, Madrid, Ed. Taurus (e.o. 1998).
- GOLDTHORPE, J. (1987), *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain*, Oxford, Clarendon Press.
- HOPENHAYN, M. (2010), "¿Cómo ha cambiado la clase media en América Latina? Elementos para el debate", en L. Paramio (coord.) *Clases medias y gobernabilidad en América Latina*, Madrid. Fundación Pablo Iglesias.
- INGLEHART, R. (1977), *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- INGLEHART, R. (1991), *El Cambio Cultural en las Sociedades Industriales Avanzadas*, Madrid, CIS.
- INGLEHART, R. (1999), *Modernización y posmodernización: el cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Madrid, CIS.
- INGLEHART, R. (2005), *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia de desarrollo humano*, Madrid, CIS.
- LAWLER, S. (2005), "Introduction: Class, culture and identity", *Sociology*, vol. 39, n° 5, pp. 797-806.
- LOCKWOOD, D. (1989), *The blackcoated worker. A study in class consciousness*, Oxford, Clarendon Press.
- MAFFESOLI, M. (1990), *El Tiempo de las Tribus*, Madrid, Ed. Kaira.
- MARSHALL, T. H. (1998), *Ciudadanía y clase social*, Madrid, Alianza Ed.
- MARTÍNEZ BARRERO, A. (2008), "Hacia un nuevo sistema de moda. El modelo Zara", *Revista Internacional de Sociología*, vol. 66, n° 51, pp. 105-122.
- MÉNDEZ, M. L. (2008), "Middle class identities in a neoliberal age: Tensions between contested authenticities", *The Sociological Review*, vol 56, n°2, pp. 220-237.
- MILBRATH, L. (1982), *Political Participation: How and Why do People get involved in Politics*, Lanham, University Press of America.
- MORÁN, M. L. (2010), "Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis socio-políticos", en M. Pérez Ledesma y M. Sierra (eds), *Cultura polí-*

- tica: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 87-131.
- NAVARRO, V. (2002), *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*, Barcelona, Ed. Anagrama.
- NORTON, A. (1993), *Republic of Signs*, Chicago, University of Chicago Press.
- PARAMIO, L. (coord.) (2010), *Clases medias y gobernabilidad en América Latina*, Madrid. Fundación Pablo Iglesias.
- PATEMAN, C. (1980), "The Civic Culture: A Philosophical Critique", en G. Almond y S Verba (eds.), *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown.
- PROCACCI, G. (1999), "Ciudadanos pobres: la ciudadanía social y la crisis de los Estados de Bienestar", en S. Lukes y S. García (eds.), *Ciudadanía: justicia social, identidad y participación*, Madrid, Ed. Siglo XXI, pp. 15-44.
- PUTNAM, R. (1993), *Making Democracy Work*, Princeton, Princeton University Press.
- PUTNAM, R. (1995). "Bowling alone: America's declining social capital", *Journal of Democracy* vol. 6, nº 1, pp. 65-78.
- ROBLES, J.M. (2006). "Los jóvenes y las nuevas formas de participación política a través de internet", *Revista de Estudios de Juventud*, nº 75, pp. 155-169.
- SAVAGE, M. (2000), *Class analysis and social transformations*, Buckingham, Open University Press.
- TURNER, B. (2001), "The erosion of Citizenship", *British Journal of Sociology*, vol. 52, nº 2, pp. 189-209.
- VERBA, S. (1993), "Citizen Activity: Who Participates? What do they say?", *American Political Science Review*, vol 87, nº 2, pp. 303-318.
- WRIGHT, E. O. (2005), *Approaches to class analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

Notas

- 1 El texto de C. Pateman (1980) sigue siendo una referencia ineludible para comprender las críticas a las “bases filosóficas” de los planteamientos de G. Almond y S. Verba (1963).
- 2 La “inexistencia” de referencias a la clase social en estos discursos ayuda probablemente a explicar el interés que ha suscitado entre muchos autores el consumo como ámbito en donde es más fácil aprehender el modo en que se revelan estas identidades de clase y cómo se generan nuevas formas de diferenciación social (García Canclini, 1995; Norton, 1993).
- 3 Algunos trabajos que presentan diferentes diagnósticos sobre la transformación de las pautas de desigualdad económica y social en Europa son los de V. Navarro (2002) y Esping Andersen (2010).
- 4 A este respecto, es significativo comprobar cómo este tipo de discurso fue el que predominó a la hora de explicar los disturbios que se produjeron en agosto de 2011 en algunas ciudades británicas. Aunque con matices distintos, los líderes del Partido Conservador y del Laborista, junto con los medios de comunicación, ofrecieron interpretaciones que insistían en factores psicológicos –responsabilidades individuales de los jóvenes y de los padres en comportamientos que se interpretaron como mera delincuencia o desviación social– y la vinculación entre barrios degradados y predisposición a la violencia.
- 5 En concreto, he empleado datos de encuestas del CIS de la década del 2000 y del Latino-barómetro del año 2010. No obstante, los datos no son comparables porque no se emplean los mismos indicadores para referirse al estatus socioeconómico. El CIS construye una variable de clase social a partir de una homogeneización de los grupos de ocupaciones en el que interviene también la educación y los ingresos de los entrevistados. Por el contrario, en el Latinobarómetro me he visto limitada a trabajar con la variable “ocupación del activo entrevistado”.
- 6 En los últimos años, el tema de los jóvenes españoles “sobrecualificados” se ha convertido en un problema difundido por los medios de comunicación y estudiado por los investigadores (AAVV, 2008).
- 7 El fenómeno de la difusión de las copias de artículos de lujo por parte de grandes compañías (Zara, H&M) a precios accesibles para las clases medias es un ejemplo significativo de cómo en las últimas décadas se ha hecho posible a escala mundial un acceso masivo a un tipo de bienes hasta hace poco reservados a unos pocos (Martínez Barrero, 2008). Por otro lado, en el caso europeo la rápida expansión de compañías aéreas “low cost” ha tenido un enorme impacto en los cambios de los hábitos de viajes y vacaciones de las clases medias –e incluso de la clase obrera–, muy en particular de los jóvenes.
- 8 Hay que advertir que, a pesar de que en los últimos años se ha producido en España un incremento muy significativo del número de hogares con acceso a internet, las cifras de conexión y de utilización efectiva de la web son todavía bastante inferiores a la media de los países europeos (Eurostat).
- 9 Una muestra de la prudencia con la que se debe abordar el estudio de la brecha digital se encuentra en los altos niveles de empleo de las NTICs de los inmigrantes en España. La telefonía móvil, los chats, las videoconferencias o la telefonía a través de la red se convirtieron, desde el inicio de la constitución de la “España inmigrante” a finales de los años noventa, en una actividad habitual que les permite mantener el contacto con sus familias en sus países de origen.
- 10 En este punto, cabe recordar que la mayoría de los análisis de las recientes “revoluciones” que se iniciaron en la primavera de 2011 en algunos países árabes destacan el papel de las comunicaciones vía internet entre jóvenes de clase media. Otro caso en el que este tipo de comunicación ha sido también muy relevante es el movimiento del 15M en España.

